



Ana

1 Samuel 1; 2:1-21

Invocación: «Dios nuestro, te damos gracias por las historias que la Biblia nos presenta de las mujeres de fe que tú usaste en un momento en particular de la historia. Ayúdanos a escuchar con corazones y mentes abiertas la de Ana, para que su historia se convierta en nuestra historia. Amén».

Monólogo de Ana

Me llamo Ana. En realidad, no sé qué decir. Tengo hermosos hijos después de haber vivido tanto tiempo creyendo que nunca tendría uno. No creo que hubiera sido llamada en cierto momento y lugar para cumplir el propósito de Dios, pero lo que sí creo firmemente es que Dios escuchó mi petición de ayuda y respondió mis oraciones de maneras que nunca me hubiera imaginado.

Mi esposo, Elcaná, nunca pudo entender cómo me sentía. Por supuesto, él tenía sus propios hijos con Penina. Yo he sido una mujer tranquila la mayor parte de mi vida. Soy más de las que escuchan, que de las que hablan. Llegó el día en que sentí que ya había escuchado bastante a Elcaná y a Penina y en ese momento sentí que también había escuchado bastante a Dios. ¿Se han encontrado alguna vez en un lugar donde se sienten tan desvalidas que lo único que se les ocurre es que ya no tienen nada que perder? Bueno, así me sentía yo.

Estábamos en el templo entregando nuestros sacrificios anuales, y ni siquiera pude comer porque me sobrecogía la angustia. Me encontré afuera, orando, rogándole a Dios que me ayudara a concebir un hijo varón; allí, sentado, estaba el sacerdote Elí. ¡Ni siquiera lo había visto! Cómo estaría de histérica mientras oraba que el sacerdote pensó que ¡estaba borracha! Normalmente me hubiera sentido avergonzada, me hubiera alejado de allí cuanto antes. En realidad no sé de dónde me salió la voz, pero me sorprendí contándole que estaba pidiendo un hijo y que si Dios me bendecía de esa manera, yo le entregaría de nuevo a ese hijo para la obra de Dios. El sacerdote fue muy amable. Me aseguró que Dios me bendecía.

Me gustaría poder decir que le creí el cien por ciento, pero había aguardado tanto tiempo. Sin embargo, sí sucedió algo extraño. Un sentimiento de paz me arropó como nunca antes lo había sentido. Supe en ese momento que sin importar lo que sucediera yo estaría bien, con hijo o sin hijo. Por eso, entré y ¡busqué algo de comer!

Bien, ya les he contado algo del final. Dios me bendijo con un hermoso varón. Le puse por nombre Samuel que significa «A Dios se lo pedí». Deben tener cuidado con lo que piden. Se lo había prometido a Dios, así que a muy tierna edad se lo llevé a Heli y lo dejé allí para que aprendiera el trabajo de Dios. Han pasado muchos años y todavía mis ojos se llenan de lágrimas al recordar aquel día cuando dejé a mi pequeño al cuidado de otra persona. ¿Se imaginan lo que significa ver a la mayor bendición de sus vidas solamente una vez al año? A veces el corazón se me hacía pedazos.

Pero como ya lo dije, Dios me dio otros hijos que me mantuvieron ocupada y que llenaron de mucho gozo mi vida. Les encantaba bromear con Samuel cuando íbamos a llevarle ropas nuevas todos los años en la época del sacrificio. Hacía lo que hacen todas las madres: se las probaba en frente de todo el mundo y todavía me hace pasar un mal rato por eso. Se ha convertido en un hombre extraordinario.

Cuando lo recuerdo pienso que tal vez la bendición que Dios me dio fue de alguna manera el que me usara a mí en un momento en particular para que fuera parte del cumplimiento del plan de Dios. ¿Puede haber una mayor contribución que la de entregarle a Dios a nuestros hijos? Nunca antes había pensado así.

Sugerencias para la reflexión (Monólogo de Ana):

Recuérdelos a las mujeres que el tema de nuestro Ministerio de Mujeres de este año es «Para un momento como este: Decididas a servir». Recuerde que Ana afirmó al principio: «No creo que hubiera sido llamada para cierto momento y lugar para cumplir el propósito de Dios». Anime a las mujeres a que consideren: «¿Cómo responden ustedes a esas palabras de Ana? Han dudado alguna vez al igual que Ana que Dios las hubiera llamado para cierto momento y lugar para cumplir el propósito de Dios? ¿Por qué pensaron de esa manera?»

Recuerde que Ana preguntó: «¿Se han encontrado alguna vez en un lugar donde se sienten tan desvalidas que lo único que se les ocurre es que ya no tienen nada que perder?» Invite a las mujeres a que escojan a alguien de las que están a su alrededor para que hablen de algún momento en que experimentaron los mismos sentimientos. (Si alguien no se siente cómoda hablando de estos sentimientos, puede hacerlo silenciosamente mientras escucha a su compañera.)

Comente: «Hacia dónde se volvió Ana cuando sus sentimientos de impotencia y vacuidad parecían sobrecogerla? ¿Qué palabras escogerían para describir la oración de Ana? ¿Qué podemos aprender de Ana que pudiera ayudarnos cuando oramos?»

Pregunte: «¿Cómo entendió Ana que Dios la estaba usando para un momento y lugar en particular para que se cumpliera el plan de Dios?» Dirija a las mujeres en una tormenta de ideas acerca de las maneras en las que podemos entregar nuestros hijos (ya sean los hijos de nuestra familia o de los que cultivamos en la iglesia) a Dios. (Tal vez quiera escribir las respuestas en la pizarra o en un pliego grande de papel.)

Invite a las mujeres a que se unan a usted en unos momentos de oración silenciosa dirigida (mientras hace una pausa entre cada afirmación):

«Den gracias a Dios por el ejemplo de Ana y por la manera como Dios la usó para cumplir el plan de Dios»

«Preséntele sus necesidades, cualesquiera que sean, con honestidad y valentía a Dios, con la seguridad de que Dios atiende sus oraciones y se preocupa de ellas».

«Háblenle a Dios de cómo responderán a la bendición de Dios de darles hijos u otros regalos de su gracia para que él los use para cumplir el propósito de Dios para un momento como este».



María, la madre de Jesús

Lucas 1:26-56; 2:1-19, 41-51; Juan 2:1-11; 19:25-27

Invocación: «Dios nuestro, ayúdanos a escuchar la historia de María, la madre de Jesús, como si fuera la primera vez. Al escuchar cómo tú usaste a María para cierto propósito, ayúdanos a comprender cómo nos usarías a nosotros en tus propósitos. Amén».

Monólogo de María, la madre de Jesús

Tengo una respuesta bastante fácil para la pregunta acerca de ser usada en cierto momento para cierto propósito. Soy María, la madre de Jesús. Me imagino que podría detenerme aquí. Fui un instrumento del Espíritu Santo para traer al Mesías a este mundo. Todavía no lo entiendo, pero aprendí que no tengo que entenderlo.

Es toda una historia. Cuando el ángel se me acercó para darme la noticia de Jesús, me aterroricé. Era tan joven, tan inmadura, ¡y ni siquiera estaba casada! José era un hombre maravilloso, pero no podía esperar que se quedara conmigo sabiendo que el niño que llevaba en mis entrañas no era de él. Pero por la gracia de Dios, sí se quedó conmigo. Cuidó solícitamente a Jesús. Me encantaba ver cómo le enseñaba el oficio de carpintería. Podía pasarme horas enteras sentada solo viéndolos trabajar juntos. Para mí, era algo hermoso.

Sin embargo, hubo ratos cuando José y yo estuvimos a punto de enloquecer. Ahora puedo entender mejor lo que sucedía, pero en ese momento ¡su comportamiento fue bien difícil! Nunca olvidaré cómo se nos perdió cuando regresábamos de Jerusalén. Mucha gente caminaba con nosotros. Pensé que estaba con José. Y José pensó que estaba conmigo. Cuando nos reunimos otra vez y nos dimos cuenta de que no estaba con ninguno de los dos, nos entró pánico. Sabíamos que era alguien especial. Por lo menos, sabíamos todo lo que nuestras mentes podían entender hasta ese momento. Nos sentíamos angustiados y temerosos. ¿Cómo pudimos dejar que algo le pasara a este muchacho tan hermoso y especial?

Regresamos y lo encontramos sentado en el templo mientras sostenía un debate acalorado con los rabinos. Yo me enojé muchísimo. Todo este tiempo había estado preocupada y él sentado allí sin pensar en nosotros. Cuando me dijo que debía saber que él estaría en la casa de su padre, tuve emociones entremezcladas. Primero, me sentí aún más enojada. ¿Cómo podía hablarle así a su madre? Pero en ese momento, sentí algo dentro de mí y en verdad comencé a ver a Jesús como lo que realmente era. Me di cuenta de que para empezar, nunca fue mío; claro, él estaba donde se suponía que estuviera. Pasamos ese día y muchos otros sin entender a cabalidad sus decisiones.

Creo que algunas veces mi actitud maternal lo exasperaba un poquito. Pero aun la madre del Mesías puede a ratos ver cosas que serán buenas para su hijo. Por ejemplo, recuerden el milagro de las bodas. Su lado humano se sentía temeroso. Él creía que su hora aún no había llegado para realizar milagros. Bueno, yo lo había cuidado toda la vida. Sabía que el tiempo había llegado. No le gustó, pero lo empujé a descubrir quién era en realidad. Y por supuesto, hizo el milagro y salió de allí a hacer muchos otros. Ha ayudado a tanta gente.

Mi corazón más y más se llenaba de orgullo. Y sigue haciéndolo. No fue una vida fácil. No fue fácil haber sido llamada a ser la madre de Jesús. No, nunca fue fácil. ¡Pero... qué vida más gloriosa!

Sugerencias para la reflexión (María, la madre de Jesús):

Comente: «Posiblemente tengamos muchos cuadros favoritos de María, la madre de Jesús. Después de oír la historia contada por ella misma, tal vez tengan ahora nuevas imágenes de María. Me pregunto qué cosas nuevas aprendieron de María a través de su historia en las que nunca antes habían pensado». Invite a las mujeres a que expresen sus ideas acerca de María y del llamamiento que recibió para que Dios la usara de una manera particular como la madre de Jesús.

Sugiera: «Comparemos la experiencia de María al seguir la voluntad de Dios con nuestra propia experiencia de contestar al llamamiento de Dios para un momento y propósito en particular. ¿De qué maneras nuestras experiencias son como las de María?» Mientras las mujeres hablan de sus ideas y usted recoge las nuevas ideas que aprendieron de María, tal vez quiera dirigir las para que exploren las siguientes ideas:

- ¿Cuándo se han sentido temerosas y sin preparación para responder al llamamiento de Dios?
- ¿Cuándo han sentido no haber entendido por qué Dios las llamaba o qué era lo que quería que hicieran?
- ¿De qué manera el responder fielmente al llamamiento de Dios las ayudó a ver en Jesús a la persona que verdaderamente él es?
- ¿De qué maneras coincidirían con María de que responder al llamamiento de Dios no siempre es fácil pero sí glorioso?

Diga: «Mientras escuchábamos la historia de María, descubrimos cómo ella entendía más y más el propósito de Dios para su vida y para la vida de Jesús. Hablemos ahora de cómo podemos emplear los siguientes medios para comprender mejor el propósito que Dios tiene para usarnos para un momento como el nuestro». (Tal vez quiera dirigir a todo el grupo en la reflexión o asignar cada tema a un grupo pequeño para que lo analice y luego hable de sus conclusiones a todo el grupo.

- El estudio bíblico
- La oración
- La adoración
- Pasar tiempo con otros creyentes
- Servir a los demás

Emplee la oración de María y la respuesta que le dio al ángel cuando este le hizo el anuncio, en unos momentos de oración dirigida. Invite a las mujeres a escuchar parte del canto de María y luego a que digan su propia oración. (Haga una pausa entre cada una de las declaraciones de María para que las mujeres tengan tiempo de orar.)

«Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador,

porque se ha dignado fijarse en su humilde sierva. Desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones.

Porque el Poderoso ha hecho grandes cosas por mí. ¡Santo es su nombre! De generación en generación se extiende su misericordia a los que le temen». (Lc 1:46-50)

«Aquí tienes a la sierva del Señor. Que él haga conmigo como me has dicho». (Lc 1:38)



La mujer que padecía de hemorragia

Marcos 5:25-34; Lucas 8:43-48; Mateo 9:20-22

Invocación: «Oh Dios, ayúdanos a oír tu voz mientras escuchamos este monólogo. Que podamos oír que nos hablas de manera personal cuando esta mujer nos habla del llamamiento que le hicieras en un momento y lugar para que cumpliera tu propósito. Amén».

Monólogo de la mujer que padecía de hemorragia

Me llaman la mujer que padecía de hemorragia, algo que me parece gracioso ahora porque, por supuesto, ya no es verdad. ¿Qué fui llamada para un momento y lugar como este para cumplir el propósito de Dios? Comienzo a preguntarme.

Lo que más sé de este mundo es de pérdida, desesperación y restauración. ¡Que si sé lo que es estar desesperada! Llevaba doce años padeciendo de hemorragia: doce largos años. En el transcurso de esos años, además de perder mucha sangre, perdí todo lo que tenía. Debido a que era ritualmente impura me vi obligada a vivir en aislamiento. Todos estaban seguros de que debía haber hecho algo horrible que me hacía merecedora de que Dios me castigara de esa forma tan horrible. Para ser honesta, llevaba tiempo preguntándole a Dios qué había hecho yo para merecerlo. Pienso que más que preguntarle, increpaba a Dios.

No solo perdí a mi familia y a mis amigos, sino que también gasté todo cuanto tenía en médicos que nunca me curaron. En realidad, parecía que solo se quedaban con mi plata y las cosas empeoraban. Había días en que no me importaba. Al fin y al cabo eran las únicas personas con las que tenía la oportunidad de hablar.

No obstante, tengo que darle crédito a uno de ellos: el último que vi. Me contó las historias más extraordinarias de un hombre llamado Jesús. Lo había visto curar a un ciego. Me dijo que creía que este Sanador era el Mesías tan esperado. Y me dijo dónde podía encontrarlo.

No debí haberme metido en esa multitud. Si me hubieran reconocido me habrían aislado más, o quién sabe qué cosa peor. Pero en un momento de total desesperación lo que menos nos preocupa son las consecuencias. En lo único que pensaba era que si este Jesús era el verdadero Mesías, tenía la seguridad de que era la persona que podría ayudarme.

No debí haberlo tocado sin permiso, pero como les digo, no me detenía en las reglas. Pensaba que si me deslizaba entre la multitud y apenas le tocaba el borde del manto, bueno, sabía que con solo tocar el *manto* del Mesías sería suficiente para curarme. No quería molestarlo. Me deslizaría entre la gente, lo tocaría y me alejaría de la multitud.

Tal vez les cueste trabajo creerlo, pero tan pronto lo toqué —justo cuando lo hice— me sentí diferente. La sangre se detuvo y supe que el que me había curado era el mismo Mesías. Eso en sí era algo extraordinario, pero él se volteó y preguntó quién lo había tocado. ¡La multitud era inmensa! Todo el mundo lo tocaba. ¿Cómo lo supo? No sé cómo, pero lo supo. Reconoció *mi* toque.

Estaba aterrada, aunque con la seguridad de saber ahora quién era él, y que debía contestarle. Deseé habérselo pedido primero. Estaba asustada, sin saber qué iba a pasar.

Entonces, y todavía me cuesta trabajo creer que esto sucedió, Jesús me miró a los ojos y me llamó: «Hija». ¿Les ha dicho alguien a ustedes exactamente lo que necesitaban oír? No sé cómo hacérselos entender, pero llevaba tanto tiempo sin tener una familia y el Mesías me la devolvió. Me llamó «hija». Ese fue el momento más increíble de mi vida. Solo espero que otras mujeres aprendan que no tienen que avergonzarse de acercarse valientemente al Mesías. Si lo hacen recibirán bendiciones que nunca soñaron. ¿Entienden? Me llamó «hija».

Sugerencias para la reflexión (La mujer que padecía de hemorragia):

Invite a reflexionar en lo siguiente” «¿Cuáles fueron las razones para que la mujer se aislara del resto de la gente? ¿Cuáles son las condiciones que hoy hacen que la mujer se sienta aislada de otras personas y tal vez de Dios? ¿Recuerdan algún momento en el que se sintieron aisladas de los demás y de Dios?»

Pregunte: «¿Qué creen ustedes fue lo que le dio a la mujer el coraje y la fe para acercarse a Jesús? ¿De qué maneras sus acciones fueron un gesto de oración? ¿Cuáles fueron los resultados de ese gesto de oración? ¿Qué resultados han obtenido ustedes cuando se han acercado a Jesús?»

Pregunte: «¿Qué diferencia marcó en la mujer el hecho de que Jesús la llamara su «hija»? ¿Cómo creen que esta mujer fue llamada para cierto momento y lugar para cumplir el propósito de Dios? ¿Cómo se imaginan que ella vivió ese llamamiento?»

Dedique el resto del tiempo en oración meditativa. Anime a las mujeres a que se sienten cómodamente con los ojos cerrados, aquieten sus espíritus y dejen que Dios les hable a través de esta experiencia de oración. Lea las siguientes instrucciones, y dé tiempo para todas las que deseen responder silenciosamente y en voz alta.

«Escucha la palabra de Jesús, “Hija”, como si fuere dirigida a ti. “Hija”. Repite la palabra “Hija” silenciosamente, varias veces mientras contamos un minuto de silencio». (Pasado el minuto de silencio, dé la señal para que todas en coro repitan la palabra “Hija” en voz alta.)

«Escucha la palabra de Jesús, “Hija” de nuevo como si fuera una palabra personal de Jesús a ti. “Hija”. En silencio y a manera de oración, piensa cómo el que Jesús te llame “Hija” toca tu vida hoy”. (Transcurrido un minuto de silencio invite a las que quieran contar cómo la palabra de Jesús “Hija”, toca sus vidas.)

«Oye la palabra de Jesús “Hija” de nuevo. “Hija”. En oración considera si se trata de una invitación personal que Jesús te hace para un momento como este». Después de algunos momentos de silencio, invite a las que quieran expresar cómo sienten la invitación del llamamiento de Dios y cuál es su respuesta.)

«Ora en silencio para que Jesús te dé el poder a ti y a otras en el grupo a vivir como hijas de Dios para un momento como este».



La mujer sirofenicia

Marcos 7:24-30

Invocación: «Denle le rienda suelta a su imaginación y pónganse en el lugar de la mujer cuya historia van a oír ahora. ¿Qué ven y oyen? ¿Qué emociones sienten mientras ella nos cuenta su historia de haber sido llamada para cumplir el propósito de Dios?»

Monólogo de la mujer sirofenicia

Soy esa mujer sirofenicia. Tal vez ya hayan oído mi historia. Sé que fui el centro de muchos chismes por lo que hice. Cuando pienso en las formas como Dios me ha usado para un trabajo en particular, solo puedo pensar en mi hija. Nunca entendí del todo qué era lo que le pasaba, pero ella no era quien era. La única forma como sé describirla es que estaba afligida por un demonio. Podía mirarla a los ojos y ver que había algo malo en ella. Fueron los días más tristes de mi vida. Quería ayudarla desesperadamente y nada de lo que hice pudo socorrerla.

Hasta ... hasta que oí que se encontraba en una casa vecina tratando de descansar. Todos hablaban de él. Escuché las historias milagrosas de curaciones de toda clase de aflicciones.

Ahora bien, la parte del chisme que sí es verdad es que no soy de las que se queda quieta. Por lo general siempre digo lo que pienso. La gente sabe exactamente lo que pienso de ella. He hecho que mucha gente se sienta incómoda conmigo. Nunca me «he quedado en mi lugar», si saben lo que eso significa.

Por eso me fui en seguida a la casa donde se estaba quedando. Sé que la mayoría de las personas lo hubiera dejado solo, para que descansara y se retirara por un rato. Pero mi hija ya había sufrido demasiado. No tenía la opción de esperar otro día.

Puedo decir que cuando entré noté que estaba muy cansado. Tenía que estarlo. Las historias de sus prédicas y viajes y curaciones aumentaban más y más. Sé que necesitaba tiempo para descansar, pero tenía que tratar. Me dirigí derecho a él y le pedí que curara a mi hija enferma. No sabía qué esperar de él. Sabía que el solo hecho de estar allí ya era bastante arriesgado.

Bueno, su respuesta no era la que deseaba oír, pero era la que hubiera esperado de un judío. Me dijo que «los hijos» comían primero que «los perros». Me imagino que quería que esperara, que no creyera que algo iba a suceder de inmediato, pero no me daría por vencida. No creo que yo era exactamente lo que él esperaba porque lo primero que pensé fue lo que me salió de la boca. «Pero hasta los perros comen debajo de la mesa las migajas». ¡Ajá! Eso debió haberlo conmocionado, porque por primera vez me miró a los ojos. Pero luego, la sonrisa más grande iluminó su rostro y pronunció las palabras que yo quería escuchar: «Tu hija está bien».

Ni siquiera recuerdo si le di las gracias. Corrí derecho a la casa y mi hija había vuelto a ser lo que era, un verdadero milagro. Sé que Dios pudo haber curado a mi hija de otra manera, pero me da mucho gozo cuando pienso que Dios me usó a mí y a mi boca gritona para curar su vida. Y la mía también. Las épocas anteriores no fueron divertidas, pero esa experiencia transformó todo el dolor, toda la angustia y me mostró que Dios puede usar a todas y cada una de nosotras. Y eso en sí, es un verdadero milagro.

Sugerencias para la reflexión (La mujer sirofenicia)

Pregunte: «A medida que siguen imaginando que ustedes son la mujer sirofenicia, ¿qué ven?, ¿qué oyen? ¿Cómo se describirían? ¿Cuál consideran como su mayor necesidad?»

Continúe: «Como la mujer con una hija con graves problemas, ¿qué barreras tuvieron que vencer para acercarse a Jesús? ¿Qué factores les permitieron acercarse a Jesús? ¿Cómo entendieron ustedes las palabras de Jesús de que los hijos deben comer primero que los perros? ¿Cómo se sintieron al escuchar estas palabras?»

Pídales a las mujeres que sigan imaginando que son la mujer del monólogo. «¿Qué les dio la valentía para objetar la frase de Jesús? ¿Pueden describir lo que sintieron cuando Jesús dijo “Tu hija está bien”? ¿Cómo dirían que Dios las usó para un momento y lugar como este para cumplir su propósito? ¿De qué maneras fue esto un milagro?»

Pídales a las mujeres que reflexionen sobre: «¿En qué se parecen a esta mujer? ¿Qué barreras les impiden que se acerquen a Jesús? ¿Qué cosas de la propia personalidad de ustedes, sus dones, talentos y experiencias les permiten acercarse a Jesús en sus propios nombres o en nombre de otros? ¿Cómo puede Dios usar la personalidad de ustedes, sus dones, talentos y experiencia para un momento como este? ¿Cómo considerarían eso como milagro?»

Dirija a las mujeres para que oren de la manera siguiente:

«Imagínense que Jesús está parado al lado de ustedes y les pregunta: “(Su nombre), ¿cuál es tu mayor necesidad? ¿Qué necesitas que yo haga por ti?”. (Dé tiempo suficiente para que reflexionen y oren en silencio.)

«Identifiquen de qué manera quieren dirigirse a Dios en oración. Tal vez escojan Jesús, Amante Dios, Señor, o cualquier otro nombre de Dios que tenga un significado especial para ustedes».

«Combinen el nombre que escogieron para Dios con la mayor necesidad que tengan en una corta y sencilla frase. Siéntense en silencio y repitan la frase varias veces hasta que se arraiguen profundamente en sus corazones».

«Repitan el nombre que escogieron para Dios y la frase. Luego pregúntele a Dios cómo esta oración se relaciona con que Dios las use para su propósito para un momento como este».

«Denle gracias a Dios porque escucha sus oraciones y por el milagro de que Dios trabaja en sus vida para un momento como este».